

AA 90

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA



MAYO - 1943

No. 47

HECHOS HISTORICOS

LA GUERRA A MUERTE



Autorizado por el Congreso de Nueva Granada, con sólo quinientos hombres, Bolívar invade a Venezuela, iniciando "La Campaña Admirable"



Acompañito: Ribas; Urdaneta, Ricaurte, Girardot y D'Luyar, quienes con su inteligencia y heroísmo compensan el menguado número de soldados.



Bolívar ocupa a Mérida y restablece el gobierno republicano; aquí se le une Campo Elías con una compañía de infantería; sigue hacia el centro y el ejército va engrosando y equipándose con elementos encontrados al paso.



Marcha sobre Trujillo, y allí, el día 15 de junio de 1813, dicta su célebre decreto de GUERRA A MUERTE: "Españoles y canarios, contad con la muerte aun siendo indiferentes... Americanos, contad con la vida aun cuando seais culpables".

ONZA, TIGRE Y LEON

REVISTA PARA LA INFANCIA VENEZOLANA

DIRECTOR: RAFAEL RIVERO O.

EDITADA POR LA DIRECCION DE CULTURA DEL MINISTERIO
DE EDUCACION NACIONAL

Talleres de Artes Gráficas de la Escuela Técnica Industrial.

Nº 47

CARACAS, MAYO DE 1943

AÑO 5

S U M Á R I O

AMENIDADES GEOGRAFICAS

LAS LLANURAS DEL APURE 2

INSECTOS ADMIRABLES

LAS HORMIGAS 4

LA VIDA EN LOS LLANOS

DERRIBANDO TOROS SALVAJES 6

MITOLOGIA INDIGENA

EL HIJO DE LA CEIBA 8

LOS NIÑOS COLABORAN

(DIBUJOS INFANTILES) 11

CANTARES INFANTILES

CARMELITON 12

AMENIDADES GEOGRAFICAS

LAS LLANURAS DEL APURE

(Extracto de una descripción por Agustín Codazzi)



Son las llanuras del Apure una tierra tan igual y plana, que su descenso no se percibe ni en el curso de las aguas del río Apure que las costea por una parte, ni en el del río Meta que les sirve de borde por la otra, pues el menor viento del Este o la más pequeña crecida del Orinoco hace retroceder la corriente de aquellos ríos.

Ni un peñasco, ni una piedra, ni un cascajo se encuentran en estas planicies; arena y greda es todo lo que entra en su composición. Sabanas limpias, siempre verdes, siempre frescas y de altos pajonales, cubren una inmensa extensión. El nivel casi perfecto de todas las partes del terreno, hacen que se asemeje tanto a la superficie del mar, que a su vista ocurre el pensamiento de que en tiempos remotos fueron nivelados por la estación perenne de las aguas. En medio de aquel océano de verdura, sucede al viajero lo que al navegante cuando empieza a descubrir las velas de un buque que asoma sobre el horizonte. Algunas *matas*, que son pequeños grupos de árboles, parecen naves a la vela y producen en su lejanía el efecto de éstas. Otras veces la masa vaporosa extendida en la atmósfera, da a las sabanas el aspecto mismo de un mar lejano, que siempre a igual distancia parece que huye delante del viajero.

La uniformidad de aquellos llanos en donde todo parece inmóvil, no deja de ser imponente, aunque triste. Los caballos, ganados y mulas se crían y multiplican con facilidad sorprendente. Allí no necesitan de ningún modo los desvelos del hombre, mientras que en las demás sabanas, abundantes de moscas a causa de los bosques, el criador debe cuidar mucho de los animales recién nacidos. Parece regla general en estos llanos, que cuanto más grande y limpia de árboles es la sabana, menos acosados están por insectos dañinos. Es el caso de las llanuras apureñas, en que apenas tienen los ríos algunos ribetes de monte ralo, estando en muchas partes enteramente limpias sus orillas. Con más razón que en los ríos sucede ésto en los caños. Hay a los bordes de algunos, un pequeño y angosto montecito y en otros simples pajonales más elevados que un hombre a caballo. Los venados se ven pastando por aquellas soledades en rebaños numerosos, y los chigüires en sociedad y a veces por docenas, a la sombra de alguna mata, en las orillas del agua. Un prodigioso número de caimanes, tendido sobre los arenales de los ríos, está siempre calentándose al sol, con su ancha boca abierta.

El aspecto de la tierra tan uniformemente nivelada ofrece, sin embargo, algunas pequeñas desigualdades causadas por los médanos y bancos. Aquellos son unos terrenos un poco arenosos, que se elevan algunos metros sobre la llanura, mientras que los otros son de greda, alzándose pocos decímetros sobre el nivel general. Difícil es conocerlos si no se examinan bien sus bordes, que las más veces son imperceptibles a la vista, como no sea en la estación de las lluvias; porque entonces los médanos y los bancos quedan en seco cuando el resto de la sabana está cubierto de agua. En estos médanos y bancos están los pueblos, los caseríos y los hatos que se encuentran a distancia de muchos kilómetros unos de otros, y allí es donde se refugian los ganados, porque las aguas ocupan las partes más bajas. Allí se encuentran suficientes pastos para el tiempo que dura la estación húmeda, muy penosa, sin embargo, para el ganado y para el hombre, por el aumento de calor, la falta de la brisa y el número considerable de insectos. En el verano no falta abundante pasto fresco y agua en los ríos, caños y lagunas, frecuentados siempre por tantas aves que llegan a cubrir sus orillas y la superficie del agua. Los galápagos, morrocoyes, y cachicamos ofrecen platos delicados a los habitantes de la región, y así mismo la variedad de peces que allí se encuentran.



INSECTOS ADMIRABLES

L A S H O R M I G A S

(Condensación de un artículo de M. S. Mosquera Zevallos)



No existen animales más inteligentes e industriosos que las diminutas hormigas que a diario encontramos por todos los lugares; poseen los mismos móviles y cualidades de la especie humana, con sus virtudes y vicios. Son bondadosas, malvadas, avaras, generosas, muy activas, o por el contrario en extremo perezosas. Edifican ciudades, construyen nuevas vías, abren túneles, cultivan los campos, se organizan en cuerpos de ejércitos, se apoderan de territorios por derecho de conquista, libran batallas y, cuando ganan, disfrutan del botín de guerra y hacen prisioneros que convierten en esclavos. Tienen manadas de pulgones, a los cuales crían para su beneficio, y poseen lenguaje y señales especiales que les permiten entenderse entre ellas.

Las bocas de las hormigas están provistas de mandíbulas de bordes cortantes o den'adas, con una lengua pequeñísima, pero muy movable. Dichas mandíbulas sólo sirven para el trabajo: transportar, perforar. Las hormigas no mastican, lamen como los perros, moviendo rápida y repetidamente sus lengüecillas. Con las patas anteriores, que están provistas de unas especies de peines, estos insectos se hacen su tocado.

Las hembras, más vigorosas que los machos, los cuales son frecuentemente raquiticos, están engalanadas de pequeñas alas transparentes que llevan plegadas sobre la espalda. Las obreras carecen de alas, y las reinas, de mayor tamaño que éstas, presentan en los costados la cicatriz de las alas que antes poseían.

Las ciudades de las hormigas se componen de treinta o cuarenta pisos superpuestos, con almacenes, salones, pasillos, columnas; establecidas en el suelo o en árboles antiguos, bajo las piedras o en la superficie, haciendo montículos hasta de tres metros de altura, los cuales se agrupan formando poblaciones donde viven muchos millares de habitantes.

Un orden admirable, una verdadera organización social, rige en los hormigueros, que comprenden machos y hembras aladas, legiones de obreras o mulas, soldados, y además cierto número de esclavos e insectos diversos. De estos últimos se han contado hasta sesenta especies diferentes, cuya presencia en los hormigueros no se ha explicado todavía de manera muy clara.

Generalmente después de una lluvia tempestuosa, las hembras aladas salen al aire y retornan poco tiempo después, siendo recibidas por las obreras que les desprenden las alas y las conducen de nuevo a las cavernas y galerías interiores, donde las guardan y prestan toda clase de atenciones y cuidados. Si la reina llega a alguna cueva solitaria, ella misma se despoja de sus alas, torciéndoselas y desarticulándoselas con la ayuda de sus patas y mandíbulas, disponiéndose luego a fundar una nueva colonia.

Las reinas ponen millares de huevos cada día, que son colocados en montones por las obreras, y quince días después nacen las débiles larvas, que son alimentadas y atendidas solícitamente por las obreras. Estas larvas no tienen patas ni ojos y están encerradas en capullos de seda. Algunos días más tarde las larvas se transforman en *ninfas*, que, a poco, cambian de piel y quedan hechas hormigas definitivas.

En algunos hormigueros hay ciertas hormigas que no saben servirse de sus patas. Las obreras tienen la misión de pasearlas y alimentarlas; estas perezosas reciben el nombre de *amazonas*. En las amazonas, las neutras no son obreras, sino guerreros, o más bien bandidos, que asaltan de improviso a los hormigueros próximos y les roban las larvas y las ninfas para obtener de ellas hormigas esclavas.

La obrera tiene a su cargo toda la labor del hormiguero. Ella educa y cuida a los recién nacidos; provee a todas las necesidades de

(Pasa a la Página 12)

LA VIDA EN LOS LLANOS

DERRIBANDO TOROS SALVAJES

(Condensado de una relación de Ramón Páez)



Cuando un llanero quiere rechazar el ataque de un toro cimarrón, casi siempre desempeña un papel muy importante la *garrocha*. Este instrumento, segundo en importancia después del lazo, cuando está en manos de un jinete, se fabrica de la liviana y resistente madera de la palma alvarico, aguzando simplemente un extremo o fijándole una punta de hierro rodeada por aros sueltos del mismo metal, que cuando se sacuden cerca de las orejas de las reses, las espantan con el ruido que producen. El asta de la garrocha tiene cosa de tres metros de largo, y aunque no más gruesa que un bastón ordinario, es capaz de resistir sin quebrarse una gran presión.

Como arma ofensiva, este delgado tallo de palmera alcanzó merecida celebridad en la guerra de la Independencia, por el hecho de

haber servido de improvisadas lanzas a los valientes patriotas que primero se opusieron, en las llanuras venezolanas, al tiránico yugo español.

El modo como los llaneros emplean la garrocha en los trabajos de ganadería, es bien extraordinario. Cuando se persigue un toro que trata de salirse del rodeo y que es más veloz que el caballo, el jinete lucha por alcanzarlo con la punta de su dardo, clavándoselo precisamente en la paleta, y al empujar la garrocha con todo el peso de su cuerpo, destruye con ayuda de su inteligente cabalgadura, el equilibrio del toro y lo hace caer de cabeza sobre el suelo. Estos derribos son suficientes para prevenir ulteriores tentativas de fuga, y parecen obligar al toro a seguir en el rodeo. Esta hazaña es, sin embargo, una de las más peligrosas de cuantas ejecutan los llaneros, y sólo la realizan los más hábiles y experimentados jinetes, porque si en el empuje se rompe la punta, o si el toro cae frente al caballo, en ambos casos resultará una tremenda caída para el vaquero, y en el último chocará además contra la derribada fiera.

Otro método para detener un toro en su fuga estriba en la atrevida maniobra que se llama *colear*, que consiste en tirar de la cola del animal para tumbarlo en lo más veloz de su carrera, lo cual no es tan fácil de ejecutar, por estar el toro en completa libertad de sus movimientos. El caballo debe estar, además, perfectamente adiestrado para la peligrosa faena, debiendo obedecer instantáneamente al menor requerimiento de la brida, porque si el toro se revuelve bruscamente contra su perseguidor, las probabilidades de que resulte herido el caballo son muchas.

Al comienzo, el jinete galopa muy pegado a las ancas del toro, coge luego la cola con su mano, se la arrolla en la muñeca para que no se zafe y, cuando ya todo está listo, apura su caballo hacia adelante hasta que las cabezas de los dos animales estén casi juntas; en ese momento lanza brusca y oblicuamente su caballo, tira con todas sus fuerzas del toro hacia sí, no soltándolo hasta que mira que el animal se bambolea, siendo entonces cuando fácilmente lo derriba debido al ímpetu de este recurso.

Algunos hombres son tan hábiles que pueden colear con ambas manos a la vez, lo que naturalmente les da mucho más poder sobre el toro, logrando que este caiga más rápidamente. Proceden abandonando al caballo a su propia y bien adiestrada conducta; al sentir que su dueño está preparado para el empuje, el animal se lanza instantáneamente hacia adelante, sesgando luego en el momento oportuno. El maravilloso instinto de estas bestias les enseña la importancia y justa precisión de los movimientos, de los que siempre depende, no solamente el éxito de la empresa, sino también, la vida del jinete y la de su caballo. Si al principio el toro opone una gran resistencia, como tantas veces sucede, no por eso el llanero suelta la cola de la fiera, sino que, lanzándose a tierra, desde su cabalgadura, en toda la violencia de la carrera, hace que el impulso combinado de su peso y su fuerza, nunca dejen de derribar al toro sobre la sabana, donde el hombre retuerce la cola entre las patas traseras y aguarda a sus compañeros para asegurar la victoria sobre su víctima.

E L H I J O D

La madre de Tukuy fué una ceiba. Tukuy era muy pequeñito y avisado. Apenas nacido, se trepó por el tronco de la ceiba y llegó hasta la punta de las ramas más altas. Tukuy quería viajar y conocer el mundo. La ceiba estaba cargada de frutos que se abrían y echaban a volar al viento infinidad de semillas colgadas de una pelusa blanca muy liviana. Tukuy reunió muchas de estas pelusas y dió un salto en el aire. Agarrado a las semillas de las pelusas, el viento se llevó a Tukuy, alto, muy alto, y lo arrastró a lugares muy lejanos.

Las pelusas fueron desprendiéndose de las semillas, una a una, y Tukuy comenzó a descender, hasta que cayó sobre la copa de un árbol muy elevado y de tronco espinoso. El niño trató de bajar, pero las espigas se lo impidieron. Entonces, sentado sobre la copa del árbol, se puso tranquilamente a esperar.

A lo lejos, apareció un gavilán volando. Lentamente se venía acercando. Tukuy se escondió entre el follaje.



L A C E I B A

El gavilán llegó y se posó sobre una rama del árbol. Tukuy se puso a observarlo. Infundía respeto con su pico corvo y afiladísimo, y sus ojos brillantes y fieros.

Tukuy pensó que aquel animal podría ayudarlo a descender del árbol. Pero, era peligroso exponerse a su vista, casi seguro que sus garras poderosas se clavarían instantáneamente en su cuerpo.

Al fin, el niño se decidió y asomó su cabeza por entre las hojas.

Inmediatamente el gavilán dió un salto y se quedó mirándolo con sus terribles ojos amarillos.

—Por fin he encontrado alimento para mis hijos —dijo el ave—, los pobrecitos tenían ya tres días sin comer.

Tukuy se puso a reír y exclamó:

—Lástima que no hayas ido más bien a la vuelta de la quebrada, en vez de venir aquí. Muy poca cosa seré yo para tus pichones que llevan tanto tiempo sin comer.

El gavilán lo miró intrigado y preguntó:

—¿Y por qué es lástima que no haya ido más bien a la quebrada?

—Porque allí hay una gran danta que yo acabo de matar. Era joven y estaba muy tierna y sabrosa. Como yo soy tan pequeñito, con



un trocito de su carne tuvo suficiente; lo demás quedó allá; con ella tendrían comida tus hijos para varios días.

Si me indicas dónde se encuentra la danta que mataste, no te haré ningún daño.

Te conduciré hasta allí, si quieres.

—Bien. Sube sobre mis espaldas.

Tukuy se montó sobre el cuello del ave, y ésta echó a volar.

—Sigue en línea recta hacia aquel árbol cubierto de flores rojas.

El gavilán obedeció.

Desde arriba, el niño vió brillar el agua de un arroyo, abajo en los claros de selva.

—Desciende allá, junto a aquella palmera.

El gran pájaro siguió hasta quedar justamente sobre el abanico de hojas relucientes de la planta indicada; entonces elevó las alas sobre su cabeza y comenzó a caer, a toda velocidad, como una piedra. Tukuy sintió un poco de miedo y gritó:

—¡Epa!

Pero, ya el gavilán iba llegando al suelo y extendiendo de nuevo las alas, atenuó la velocidad y se posó suavemente sobre una piedra, junto al riachuelo.

—¿Dónde está la danta? — preguntó el gavilán.

—Espera un momento — contestó el niño —, la enterré en la arena para evitar que las fieras se la comieran. Ayúdame a cavar allí, en la orilla del río.

Tukuy y el ave se pusieron a remover la arena. Mucho tiempo estuvieron trabajando. Al fin, apareció la superficie de una gran piedra negra.

—Aquí está la danta — dijo Tukuy —. Pero, es demasiado grande, tú no podrás trasportarla hasta el nido, mejor será que traigas a tus hijos mientras yo acabo de desenterrarla.

El gavilán estaba muy cansado y le pareció muy buena la idea; así descansaría mientras el niño seguía cavando.

El ave sacudió sus plumas y agitando las alas, tendió el vuelo y se elevó, desapareciendo por sobre las copas de los árboles.

Tukuy dejó de trabajar y se acercó al borde del río. Del fondo de las aguas surgió a la superficie un caimán que se dirigió derecho hacia el niño.

Tukuy lo esperó, y cuando el animal estuvo cerca y abrió las fauces para devorarlo, dió unos pasos hacia atrás, alejándose de la fiera.

(Pasa a la Página 14)

LOS NIÑOS COLABORAN

DIBUJOS INFANTILES



LA VEGA.—Por Lope Piñango,
Escuela Federal 410, San Francisco de Yare.
Estado Miranda.



VERANO.—Luisa María Fernández,
Escuela Federal 988.—Aroa.—Edo. Yaracuy.



Dibujo por E. Alfonso,
(11 años).—Caracas.



POTRO.—Por Enrique Macías,
Ospino.—Estado Portuguesa.



BARQUITO.—Por Sergio Rivero
Nouel,
(5 años).—Caracas



ORDEÑO.—Por Betty Juárez,
(7 años). Escuela 3.343.—Jicacuy.
Estado Mérida.

CANTARES INFANTILES

C A R M E L I T O N



Carmelitón
tenía tres gatos,
que los hacía
bailar en tres platos,

y por las noches
les daba turrón.
¡Vivan los gatos
de Carmelióñ!

L A S H O R M I G A S

(Viene de la Página 5)

las hormigas aladas, las cuales no trabajan nunca; se ocupa del cuidado y arreglo de las galerías y dependencias, y de que haya alimento para toda la colonia. Sin ella el hormiguero perecería; es albañil, intendente, recolectora, guardesa de pulgones y soldados, y hace todo cuanto sea necesario.

Es la que primero emprende la marcha para acometer al enemigo. Es la bestia de carga y de sacrificio, feliz con su destino y fiera en la misión protectora que desempeña para el bien de la comunidad.

La alimentación de la hormiga se compone esencialmente de materias animales y azucaradas. Cadáveres de pequeños animales que se encuentren en la proximidad de un hormiguero, son, en pocos días, transformados en esqueletos. Pero, lo que, ante todo, prefiere la hormiga son las confituras, la miel y las pulpas de frutos azucarados. Pa-

ra ellas, una de sus mejores reservas de azúcar la constituyen los pulgones, que consideran como receptáculos de dulce jarabe.

Puede observarse, en los rosales y otras plantas propias de los jardines, cómo los pulgones viven en los tallos lisos, formando apretadas masas verdes o negruzcas. Por entre las hojas y sobre las ramas, suben y bajan numerosas hormigas que se aproximan a los pulgones y los lamen con deleite, al obtener de ellos microscópicas gotitas de un néctar que segregan. Las golosas van de un pulgón a otro y al fin descienden al hormiguero, arrastrando un abdomen cristalino e hinchado hasta el máximun. Luego van y se acercan a las larvas y grandes hormigas indolentes, derramando en sus bocas las reservas de líquido azucarado de que son portadoras. En algunos hormigueros son mantenidos en cuarteles especiales algunos pulgones domésticos repletos de jugo; son especies de vacas de establo que se utilizan cuando la necesidad lo requiere.

Lo mismo que las abejas, a las cuales tanto se asemejan en sus costumbres y maneras, las hormigas parece que tuvieran un lenguaje especial por medio del cual se comunican sus sentimientos. ¿Existe en la proximidad el cadáver de una mosca o un pájaro, un trozo de azúcar, una fruta madura caída en el suelo, un armario con miel o confituras? Muy pronto aparecerá una hormiga que, después de dar vueltas alrededor de la golosina, se informará, tomará con cuidado una pequeñísima cantidad de alimento y correrá en seguida a informar a sus compañeras. A todas las que encuentre les comunicará el caso, les indicará la dirección que deben seguir y continuará su camino hasta llegar al hormiguero. Todos los miembros de la colonia serán impuestos del descubrimiento, lo cual será hecho de manera sutil y silenciosa, referido sólo con rozamiento de patitas y mandíbulas o en un algún extraño e imperceptible lenguaje que se sustrae a los sentidos del hombre.

Seguidamente se establecerá un cordón de hormigas que hervirá, en ir y venir, entre el hormiguero y el recién descubierto tesoro.

Las hormigas son tan batalladoras como desprovistas de escrupulos. Los soldados, en un ataque, entran al asalto en el hormiguero codiciado y valientemente defendido por sus habitantes. Fuerzan las puertas de acceso y penetran, mientras los zapadores perforan las bases construyendo túneles. Detrás de ellos vienen las obreras que se apoderan del botín y se llevan los prisioneros; y el pueblo asaltado, deshecho, abandona las antiguas galerías en ruina y las edificaciones destruidas, y se marcha más lejos a fundar una nueva colonia. Así puede observarse como el desarrollo de la vida de las hormigas es tan parecido al modo de vivir de los humanos.

EL HIJO DE LA CEIBA

(Viene de la página 10)

—Debes tener hambre, amigo caimán —dijo—, y mi pequeño cuerpo sería demasiado poco para tu apetito. Si me conduces a la otra orilla del río, te daré un gran animal que me traerán allí.

—¿Qué clase de animal es? —preguntó el caimán.

—Ya lo verás; sólo puedo decirte que es mayor que todos los animales que tú conoces.

—Bueno —dijo el caimán después de pensarlo un poco—, te pasaré al otro lado, pero si tratas de engañarme te costará caro.

Tukuy subió sobre el lomo del caimán y, como en una embarcación, cruzó la corriente y muy pronto estuvo sobre la margen opuesta.

—Bien, amigo caimán —dijo entonces—, aguardame aquí, que pronto me traerán el animal.

El caimán no respondió nada y se puso a esperar pacientemente sobre la arena de la playa, inmóvil, como un tronco seco.

Tukuy se metió dentro del bosque y, echando una mirada hacia atrás, notó que el caimán tenía fijos sus ojillos en él. Tukuy se detuvo y se sentó sobre las raíces de un árbol; había comprendido que al caimán no se le podía engañar tan fácilmente y se puso a pensar en la manera de salir de aquel atolladero.

Un ruido sobre la hojarasca le hizo levantar la cabeza. Por entre la selva, dirigiéndose hacia el río, avanzaba un tigre seguido de su cachorro.

Las nuevas fieras también descubrieron al niño. El tigre dijo a su cachorro:

—Hijo mío, veníamos en busca de agua y además hemos encontrado buen alimento.

Tukuy comenzó a quejarse como si estuviera muy enfermo.

El tigre, extrañado, fué acercándosele poco a poco. Cuando estuvo a cuatro pasos de él, le preguntó:

—¿Qué te pasa, muchacho?

Y Tukuy, con voz lastimera, contestó:

—Me siento muy mal. Sufro una terrible enfermedad; es una mala peste que le está dando a los hijos de los hombres y a los hijos de todos los animales. Ningún animal pequeño se salvará.

El tigre miró a su hijo y se llenó de espanto.

—¿Y a los hijos de los tigres también les dará esa enfermedad?

—Seguramente. Nadie se salvará.

—¿Y no hay manera de curar ese mal?

—Si, untándose el cuerpo con un poco de miel y diciendo unas palabras mágicas que yo conozco, pero yo estoy muy débil para ir en busca de la miel y, por lo tanto, moriré aquí.

El tigre se sumió en sombríos pensamientos y por último dijo a Tukuy:

—Si me ofreces hacer el remedio a mi hijo yo iré en busca de la miel suficiente para él y para tí.

—Gracias, amigo tigre —murmuró Tukuy—; anda por la miel y dejame aquí a tu hijo, que yo iré preparándolo con las palabras mágicas. Así ganaremos tiempo.

El tigre dejó su cachorro con el muchacho y en tres saltos desapareció entre la selva. Tukuy esperó un rato a que la fiera se hubiera alejado bastante y entonces llamó al cachorro:

—Ven, ponte aquí, a mi lado, y cuando yo haya terminado de decir las palabras mágicas, tú correrás hacia la orilla del río, has'a tocar el agua.

El tigrecillo obedeció y Tukuy comenzó a decir en voz alta:

—¡Amigo caimán, rey de las aguas, te envío el animal ofrecido para que hagas con él lo convenido!

En la orilla del río, el caimán se dispuso, y cuando el cachorro de tigre llegó corriendo, lo recibió entre sus fauces abiertas y lo engulló de un bocado.

Después de tragar, el caimán pareció desagradado y gritó:

—Niño, me has engañado. El animal que me mandaste no era tan grande como me habías dicho.

Desde el borde del bosque Tukuy contestó:

—Ya lo sé, amigo caimán; pero, es que en lugar de uno, son varios los que te voy a enviar. ¡Abre bien la boca, que allá van los otros!

El caimán abrió cuanto pudo sus mandíbulas y Tukuy, empujando una gran piedra, la despeñó barranco abajo. El caimán la recibió en la boca y cerrando sobre ella con gran fuerza, se rompió todos los dientes y colmillos.

La bestia, llena de dolor y con las fauces sangrantes, empezó a revolcarse lanzando alaridos espantosos.

Tukuy huyó bosque adentro, a todo correr.

El gavilán, con sus dos hijos, vino volando hasta el borde de la cavidad que, junto con Tukuy, había abierto en la arena de la playa.

El ave dijo a sus polluelos:

—Hijos míos, eso negro que se ve allí, en el fondo, es el cuerpo de la danta. Usen con fuerza el pico, que tiene la piel sumamente dura.

Los dos pequeños pusieron tal energía en el empeño que, al primer picotazo, sus cabezas se estrellaron contra la dura roca y quedaron muertos.

El padre de los pichones comenzó a llorar a todo grito, uniendo sus lamentaciones a los alaridos que el caimán daba en la orilla opuesta.

Cuando el tigre hubo llegado con la miel y se dió cuenta de que su hijo no existía, también se puso a dar rugidos de dolor, estremeciendo toda la selva.

Al fin, los tres animales se calmaron y se contaron mutuamente sus penas, percatándose entonces de que el causante de la desgracia de todos era Tukuy.

Llenos de indignación, resolvieron unirse para buscar al muchacho y tomar venganza.

Los tres se pusieron en marcha siguiendo el rastro del fugitivo.

Tukuy, dándose cuenta de que era perseguido, corrió con todas sus fuerzas hasta llegar al lugar en que estaba su madre, la ceiba.

—¡Madre mía, escóndeme! — gritó.

El árbol abrió su tronco y Tukuy se metió dentro.

Cuando el tigre, el caimán y el gavián llegaron, la ceiba se había vuelto a cerrar. Los tres se pusieron a rugir y a gritar, amenazando no moverse de allí hasta que el muchacho no hubiera salido.

Tukuy se llenó de miedo y no quiso salir nunca más.

Pasó el tiempo y al fin, cansados los animales de esperar, se marcharon. Pero Tukuy no volvió a salir, sino que fué creciendo dentro de la ceiba hasta que se hizo hombre. Y el tronco del árbol se ensanchó para poderle contener.

Desde entonces la ceiba tiene el tronco tan hinchado.

R. R.





FLORA VENEZOLANA

E L M E R E Y

(ANACARDIUM OCCIDENTALE)

Arbol pequeño, bastante común en el país, sus hojas son alternas, ovales, obtusas o escotadas en el ápice. Produce un fruto seco, indehisciente, que está soportado en un pedúnculo carnoso, muy jugoso, de color rojo o amarillo, el cual constituye la parte comestible. La envoltura exterior de la semilla contiene un jugo aceitoso, acre, de color morado, que expuesto al aire se torna negro, puede emplearse como tinta indeleble. Las semillas tostadas son comestibles y bastante agradables. La corteza y las hojas son ricas en tanino, y se aprovechan en curtiduría. De la corteza del tronco mana una goma soluble, buen sustituto de la goma arábiga. La madera, de color rojizo, es liviana y bastante fuerte, se la emplea en carpintería. La ceniza que produce el leño contiene potasa en gran cantidad.



FAUNA VENEZOLANA

LA TORTUGA DE CAREY

(ERETMOCHELYS IMBRICATA)

Este quelonio abunda en nuestros mares. Tiene la espalda cubierta por placas o conchas del verdadero carey, superpuestas en forma de tejas, de las que se fabrican peines, cubiertas de artículos de tocador y otros productos industriales. El cuerpo, que alcanza hasta uno y medio metros de largo; tiene forma acorazonada. Sus mandíbulas están formadas por hordes córneos cortantes. Se alimenta principalmente de moluscos, cangrejos y peces. La isla de la Tortuga debe su nombre a la inmensa cantidad de estos reptiles que, en épocas anteriores, depositaban sus huevos en las caldeadas playas de dicha isla.